

Editorial

Con la aparición del Covid19 el mundo se detuvo. Escuelas, parques, discotecas, cerraron sus puertas a niños y adolescentes que quedaron confinados en sus casas. El afuera se convirtió en un lugar hostil a evitar, inaugurando en su clivaje un espacio interior acogedor, habitado, lleno de afecto compartido: la familia. El camino del individualismo moderno se bifurcó llevándonos hacia un pasado idealizado en que las familias pasaban tiempo juntas, con desayunos, almuerzos y cenas. Los hermanos empezaron a pasar tiempo juntos y en la necesidad de contacto afectivo tuvieron que negociar para entenderse. Niños en pijamas todo el día, adolescentes que no necesitan vestirse para presumir con sus amigos.

Estamos frente a un *movimiento regresivo* consecuente a la pérdida de un gran regulador de la economía psicosomática: *el comportamiento*, organizado por nuestros hábitos. Pero no todos tienen la flexibilidad mental para dejarse llevar a la regresión. Para los niños y los púberes esta vía está privilegiada. Bastó con la organización escolar, las coreografías en TiK ToK, las reuniones de Zoom, los avatares a los que se montaron en sus juegos y que los substituyen en potencia, movimientos y destrezas, y el cariño familiar, que en la mayoría de los casos cumplió con su rol para-excitante afectivo, conteniendo a los suyos. Prueba de ellos es que hubo menos hospitalizaciones en pediatría de lo habitual por descompensaciones somáticas.

Pero este adentro es menos grato para muchos adolescentes, sobre todo para aquellos en los que la represión no ha sido suficientemente exitosa, dejando al joven en un ambiente generador de fantasías incestuosas, sumiéndolo en gran angustia y desamparo.

Nuevamente, cuando las actividades habituales se detienen, una gran parte de la pulsionalidad que antes se encontraba gestionada en los encuentros con los otros, la novedad, la salida sexual, pasa a ser tratada exclusivamente por lo mental. Pero este espacio se ve invadido por las fantasías incestuosas por el resurgimiento del Edipo propio de este período, complicando su tramitación y haciendo el camino más difícil para muchos.

Los síntomas fóbico-obsesivos están a la orden del día. Cuando toda la familia se encuentra mucho tiempo junta, casi pegada, surge la necesidad de aislar, de poner distancia ya que se dificulta la posibilidad de espacios de privacidad que sirvan de freno a la fantasía de ser constantemente escuchado. Incluso la actividad masturbatoria se ha visto inhibida. Otros, con

menos recursos mentales se encuentran en peligro de desorganizaciones mayores, ya sea con defensas más primarias, paranoides, o incluso retirándose a estados depresivos.

En este sentido, la continuación del trabajo analítico por Zoom u otras aplicaciones ha permitido hacer un espacio de otredad dentro del espacio familiar, un espacio aireado donde ayudamos a nuestros jóvenes pacientes a poder habitar su espacio-mente con mayor libertad y así sentirse menos encerrados.

Comité Editor